

## EL HOMBRE CREADO EN JESUCRISTO

Bernardo Guzmán

La teología ha surgido siempre, como una actividad de la vida de fe; actividad que no se entiende más que a partir de esa misma vida de fe. Su única finalidad es prestar un "servicio" a la vida de la fe, porque busca constantemente una mayor comprensión de la Palabra de Dios, para lograr una mejor y más confiada fidelidad a esa Palabra interpelante. Sólo así, los hombres podrán dar una respuesta total, comprometida, histórica, a la salvación que Dios ofrece en su Palabra.

En este sentido la fe hace la historia; dicho de otro modo, solamente, una auténtica vida de fe puede hacer de esta única historia humana, una historia de salvación, de realización humana, de esperanza confiada en un futuro nuevo. Esta afirmación anterior resulta comprensible y obvia, cuando se logra descubrir el nexo que existe entre la Palabra de Dios y la Historia humana, porque la vida de los creyentes hace que converjan, en una unidad real y fáctica, el destino y la tarea de los hombres con el prometido reino de Dios.

Cada época, pues, deberá hacer, por fidelidad a Dios y a los hombres, ese repensamiento teológico de su verdad, de su momento histórico concreto y de la exigencia de su fe. Esta tarea debe ser hecha en esas dos direcciones: una mejor comprensión del dato bíblico y una mejor comprensión del momento actual, con su antropología, su cosmovisión y su sentido propios. De esta manera, podrá vivirse una fe que sea, realmente, una respuesta comprometida con la acción histórico-salvífica de Dios, y que no *aliene* al hombre de la tarea de cambio que tiene que realizar en su mundo y en su historia.

Uno de los temas de nuestra fe, que debe ser repensado, es el de la Creación. El testimonio bíblico nos dice que el hombre ha sido creado por Dios, y que en Jesucristo esa misma creación ha sido radicalmente transformada. Pero qué significa eso para el hombre contemporáneo y en concreto latinoamericano? Cuál es la realidad profunda que se encierra en esa formulación? Qué exigencias plantea esa realidad para nosotros hoy? Qué tiene que ver esa verdad de fe con los problemas, las angustias y las luchas reales de nuestra historia? No se percibe el hombre hoy, a sí mismo, como el único creador de algo nuevo? Nuestra historia concreta no parece, más bien, la negación de la bondad de la creación? Qué sentido de esperanza y qué profundidad de radicalidad puede ofrecer ese mensaje -que parece ser una superestructura ideológica- al compromiso por un cambio en nuestra historia actual?

Es aquí, donde la teología puede dar una respuesta que ilumine nuestra situación actual. Ella es la llamada a hacer ver que la salva-

ción de Dios no es algo extraño, ni ajeno a la lucha del hombre por su humanización y construcción de un mundo más justo y habitable para todos; que la acción divina creadora es precisamente la que posibilita esa búsqueda humana; que esa acción se inserta en el corazón del hombre y en el núcleo mismo del proceso evolutivo e histórico para marcar la dirección y el sentido que deben llevar tantos esfuerzos, y para garantizar de antemano, con su fidelidad, el éxito definitivo del desenvolvimiento de la historia: el triunfo del *ser humano* sobre el caos de la inhumanidad y de la destrucción definitivas.

La situación concreta en que nos encontramos, los problemas que vivimos y el análisis de sus causas, las angustias de tantos hombres, el anhelo frustrado de lograr una condición humana acorde con su dignidad de personas, las desigualdades en la distribución de los beneficios tanto económicos como tecnológicos, la dependencia real económica-política-cultural de los pueblos pobres, el fracaso de la ciencia y de la técnica -como soluciones únicas- para resolver los más urgentes problemas de la humanidad y, a la vez, la aparición de nuevos conflictos creados por ellas, la lucha por el poder y el dominio, la amenaza de una guerra nuclear y la amenaza de acabar con los más elementales recursos vitales, la destrucción del ambiente, el conocimiento científico con su lógica racional, la pérdida de un verdadero sentido para la vida y para la historia, han creado una nueva *experiencia* y una nueva *conciencia* en los hombres de hoy.

Esta nueva conciencia y esta nueva experiencia nos dan la posibilidad de comprender mejor al hombre y su mundo. Nos permiten, también, comprender mejor la verdad de fe: la obra creadora de Dios y su nueva creación en Jesucristo. Pero no sólo nos proporcionan una nueva manera de comprender, sino que también, despiertan una nueva actitud frente al obrar humano, una nueva manera de asumir la vida y crean una nueva disponibilidad para obedecer la Palabra de Dios que nos invita a una nueva creación.

## 1. LA NUEVA MANERA DE CONCEBIR AL HOMBRE Y SU MUNDO

### 1.1 Concepción actual de la relación entre el hombre y el cosmos.

Uno de los elementos de esta nueva conciencia consiste en descubrir la relación tan vital que existe entre el hombre y el cosmos. Este descubrimiento es de capital importancia.

Con el fin de que aparezca más claramente la novedad de este elemento, es interesante dar una ojeada a la antigua visión que se tenía acerca del hombre y del mundo: estas dos realidades eran extrañas la una a la otra; casi dos enemigos. Nuestra mentalidad occidental tenía, pues, una cosmovisión dualista que logró establecer, no sólo

una diferenciación, sino una separación radical entre el hombre y el cosmos.

El mundo material era percibido como el marco espacio-temporal transitorio, en el que el hombre vive por un período, moviéndose allí como un ser totalmente diferente y de una manera incómoda. El hombre se entendía, a sí mismo, como un "microcosmos" cerrado el cual tenía, en sí mismo, su propia perfección y finalidad.

Se llegó a pensar, incluso, que el hombre podía vivir fuera de este cosmos y que en ello, precisamente, consistiría su realización plena y total. Los problemas que el hombre tuviera en esa existencia carecían, en realidad, de importancia, porque estaba destinado a dejar tarde o temprano este mundo material que en el fondo era malo. Dificultad causó el tratar de explicar que este cosmos material fuera creatura divina. No era él, más bien, creado por demiurgos enemigos de la divinidad, o por las fuerzas del mal?

Las relaciones que se ponían en primer plano eran exclusivamente las de carácter extrínseco: el hombre podía conocer ese mundo, y el hombre podía actuar sobre él para transformarlo y servirse de él, pero no se percataba de que el cosmos, a su vez, actuaba sobre el hombre.

Hoy, por el contrario, se ha tomado conciencia y se tiene experiencia de la gran unidad y armonía que existe entre ambos: ellos forman una sola totalidad, si se destruye el mundo material, automáticamente el hombre es destruido. La relación es tan profunda y tan vital, que el cosmos no es sólo la casa del hombre sino su "cuerpo", la técnica con la cual actúa sobre el cosmos es la prolongación de la mano transformadora del hombre, y el espíritu es el alma del mundo y la más alta manifestación de la vida que surge del cosmos y en él. Aún más, el cosmos es creado como mundo humano por el sentido que el hombre comunica a aquél, sentido que es descubierto allí mismo o, por lo menos, a partir de aquél.

Si en la perspectiva anterior, el mundo es creado por el hombre, puesto que partiendo del sentido que el hombre da al cosmos, lo va modificando y transformando, también es cierto, que ese mundo humano va modificando y transformando el ser mismo del hombre; va surgiendo un hombre diferente y nuevo, o se va destruyendo fundamentalmente. Así, el hombre resulta creado por el mundo.

Se vive, pues, en profundidad la verdad de que el cosmos es el hombre y que el hombre es ese mundo material; y si bien, tal vez hoy mejor que antes, el cosmos ha sido conocido, desvelado, transformado y dominado por el hombre, igualmente, nace la responsabilidad para la ciencia y la tecnología de respetar y conservar ese mundo material, de dar un mejor sentido a su acción transformadora para que no se destruya el ser humano. No se puede actuar irresponsablemente sobre él.

Este elemento de la conciencia actual debe ser tenido muy en cuenta para un repensamiento de la doctrina de la creación.

## **1 2 La nueva concepción del hombre.**

Un segundo elemento de la conciencia actual es la revolución en el campo de la antropología; podríamos decir que la manera de concebir al hombre cambió radicalmente y eso en dos aspectos: en el hombre en sí mismo y en el hombre en sus relaciones con los demás.

### **1.2.1 El hombre en sí mismo.**

El hombre, en sí mismo, no está dividido, ni tiene una esencia abstracta, determinada, fija e inmodificable. El ser humano es radicalmente unidad, y su esencia consiste, precisamente, en irse haciendo. Como dijera el P. Teilhard, el hombre es una "flecha", es un proyecto.

La antigua visión (que por desgracia, aún supervive entre nosotros), había extendido la separación entre el hombre y el cosmos hasta instalarla al interior del hombre mismo. A éste se le consideró como la yuxtaposición de dos realidades diferentes e irreconciliables: cuerpo material-alma espiritual.

El cuerpo material y sexuado era tenido por la "cárcel del alma", y por tanto, el mayor impedimento para la realización y perfección humanas. Así, el cuerpo humano llegó a ser menospreciado y la existencia se convirtió en una lucha continua por librarse de ese lastre que tiraba de la parte noble del hombre hacia la nada y el pecado. El verdadero hombre era aquél que se dedicaba a buscar los valores "espirituales", lo demás era desperdiciar la existencia misma.

En este punto, se llegó, incluso, a pensar que se podía dar un hombre sin su cuerpo. La salvación consistía en despojarnos de ese ropaje que envolvía, condicionándolo, al espíritu; o en el mejor de los casos, se debía transformar ese cuerpo en algo "angelical"- "espiritual", para que pudiera ir apareciendo el hombre perfecto. Única finalidad de lo corporal era servir de instrumento del alma y al que de todos modos había que dominar y someter a servidumbre.

No es raro, pues, que toda la verdad bíblica del "barro" y que toda la enseñanza paulina del "hombre espiritual", fueran interpretadas desde esta óptica dualista.

Hoy, por el contrario, se experimenta, de una manera muy real, la unidad radical del ser humano, y se revalúa su dimensión corporal. La forma corporal es la única manera posible de ser hombre en el mundo, la única manera real de ser persona y la única manera concreta de llegar a ser hijo de Dios. Es impensable un hombre sin su cuerpo.

El cuerpo es el enlace sutil del universo cósmico con el yo del hombre; por él, el universo está en la persona y la persona en el universo. Pero además, el hombre que es, fundamentalmente, comunión y relación con los otros hombres, encuentra en su cuerpo la forma más real de comunicación humana con ellos, de la cual depende toda otra forma de comunicación e intercambio entre los humanos y del hombre con Dios. Destruir el cuerpo es matar al hombre, disolver la persona humana. En esto, precisamente, consiste lo trágico de la muerte física, y de la conciencia que se tiene de ella, y por ende, se ve en ella el mayor obstáculo a la realización humana y el fracaso definitivo en la empresa de la construcción del mundo.

### 1.2.2 El hombre en sus relaciones con los demás.

Hoy se ha descubierto, de una manera palpable, lo decisivo, lo absolutamente determinante de las relaciones entre los hombres, para el "ser" y el "existir" humanos. El ser del hombre individual y colectivamente surge de ese tejido de relaciones. Comunicación, en este sentido, quiere decir vida o muerte, creación y progreso humano o su caos y destrucción. Es esto lo que llamamos propiamente mundo humano, y muy acertadamente afirma J. B. Metz que, el descubrimiento más grande en la actualidad consiste en percibir el mundo como historia.

La historia no es, solamente, la lucha del hombre por situarse en el cosmos, por transformarlo, por integrarse y distanciarse de él, con sentido, sino también, la tarea humana por encontrar la forma más justa de integración y convivencia entre los mismos hombres. Tarea que tiene que ser realizada, igualmente, a la luz de un sentido determinado. La conjunción de esas dos empresas relacionales es lo que constituye la creación de una historia.

Es verdad que el hombre crea la historia, pero a su vez, el hombre *va siendo creado* por esa misma historia; el hombre se humaniza o deshumaniza en ella. El ser del hombre debe ir apareciendo, más claramente delineado, en esas relaciones históricas, y así, podríamos afirmar que "se es" lo que otros hacen de uno.

### 1.3 La concepción actual del futuro.

Un último elemento constitutivo de la conciencia moderna es el *futuro* como categoría de esperanza, de cambio, de algo nuevo por aparecer. Ninguna situación dada es definitiva, todo puede y tiene que cambiar. La historia se trasciende a sí misma; no es algo que simplemente se repite. Ella no puede convertirse en un mantener y sostener el pasado, sino que debe ser algo abierto hacia el futuro nuevo que todavía no se ha dado.

Anteriormente se pensaba que la realidad que se vivía era la única realidad posible, que todo era inmutable, que siempre se había dado así, que todo había quedado fijado desde un momento original primordial. Y si en el mundo había algo malo, se debía, simplemente, al desgaste natural del tiempo. Las diferencias humanas, las distintas condiciones de existencia y, por tanto, las diversas maneras de ser, que en el fondo no eran importantes pues se trataba de variaciones "accidentales y no substanciales", se atribuían llanamente a fijaciones de la naturaleza o a defectos en ella.

También el "ser del hombre" era el fruto exclusivo de una naturaleza que, en el momento de ponerlo en la existencia, lo producía ya perfecto e inmodificable sustancialmente. El hombre individual era la manifestación particularizada de una fuente natural que, de antemano, determinaba, para cada uno, todas sus características, potencialidades y posibilidades, y esto de un modo uniforme, invariable, mecánico; tipos en serie. Tal vez que, en algunos casos, la naturaleza era más generosa con unos que con otros.

Hoy nos hemos dado cuenta, que si bien el hombre conlleva una parte de su ser como fruto de una naturaleza que lo condiciona, también su ser no es más que una potencialidad que puede realizarse o no, de acuerdo con las situaciones que le toque vivir, que los otros le den o le nieguen, y que en todo caso, es el ser más misterioso, diverso, modificable, cambiante y perfectible que existe.

Igualmente, la realidad histórica es modificable; nada puede mantenerse estático, por mucho que lo queramos, pues "todo se mueve bajo nuestros pies". La realidad que vivimos no es la única posible ni definitiva realidad; en ella se esconden posibilidades que no han estallado todavía; y más aún, ese cambio, esa transformación, ese proceso que avanza hacia un futuro nuevo, es acelerado por las contradicciones pasadas y actuales.

Toca, eso sí, al hombre orientar y dirigir esa marcha del mundo hacia adelante, dándole un nuevo sentido, porque ese futuro encierra en sí una doble posibilidad: creación-ser-vida, o destrucción-muerte-nada.

## 2. EL HOMBRE Y SU MUNDO SON CREADOS

Se dijo anteriormente que el hombre es el fruto de su propia creación, que *se es* lo que los otros hacen de uno, que la historia crea al hombre. De alguna manera, el hombre es creado o destruido por ese mundo anterior a él. Muchas generaciones pasadas forjaron el ambiente y la historia que hoy se le presenta a la humanidad. El hombre de hoy es lo que el pasado hizo de él.

Ninguno se puede dar totalmente, a sí mismo, su existir, sus potencialidades, sus condicionamientos, su ser, sus posibilidades. No

me tocó a mí elegir el medio vital en el que me desarrollo, ni las condiciones en que lo tengo que hacer; las oportunidades y las variaciones no son todas decisión y acción más. Todo esto lo he recibido o se me ha negado.

De este modo, el testimonio bíblico de que el hombre *ha sido creado* se convierte en un hecho de experiencia innegable. Sólo quedaría por aclarar quién es el autor de esa creación.

De todo lo dicho ya, se desprende, con evidencia, que toda esta situación no es, de una parte, el fruto de un solo momento inicial; y de otra, que ella no es una situación definitiva, ni estática, ni lo más perfecto. Se experimenta que cada momento de la historia es superable, que el hombre puede actuar sobre su mundo, sobre su historia y sobre su propio ser, para transformarlos y al mismo tiempo para transformarse, para re-crearse. Y aún más, que esa posibilidad real se le convierte en la exigencia y en la tarea fundamental de su vida.

El curso de la historia y la marcha de la humanización no son mera cuestión de azar, ni de destino ciego, ni de simple juego de probabilidades, ni de inmisericordes leyes históricas ajenas a la decisión humana. Son y serán, en definitiva, el resultado de una evolución dirigida por los hombres mismos.

Es así como ha nacido la experiencia de que el *hombre*—es un real creador y siente esta experiencia como su más grande valor.

Pero, igualmente, se entiende mejor, hoy que nunca, lo que significa crear, ser creado y creación:

2.1 Ser creado significa que uno “es” por otro, que el hombre está condicionado y es limitado, que el hombre tiene recibida la capacidad de producir algo nuevo en su mundo y en sí mismo, capacidad de transformar y transformarse.

2.2 Crear es hacer posible algo, es poner el fundamento para algo, es ser capaz de sustentar una realidad, es hacer que una realidad viva, aparezca, aflore.

2.3 Hoy sabemos que creación no es un momento único que pasa al pasado, un empujón inicial, una acción que se da en un instante y cesa. El acto de crear es algo continuo y dinámico, es una corriente vital sostenida y progresiva, es una energía siempre productiva.

Toda esta conciencia fundamenta una nueva actitud frente a la vida humana, frente a la historia y frente al futuro por construir.

### 3. LA FE BIBLICA EN LA ACCION CREADORA DE DIOS

La fe bíblica no es un dato científico, pero sí el fruto de una experiencia humana fundamental, y por ello mismo, una gran verdad sobre el sentido de la historia. Con ese sentido, el pueblo judío logró realizarse como pueblo y hacer una historia que de alguna manera es válida, potencialmente y de hecho, para toda la historia humana.

Este testimonio bíblico es el fruto de la experiencia histórica de un pueblo, que antes de tener clara conciencia de que el mundo y el hombre fueran creados por un Dios, vivió la realidad de la esclavitud y de la inhumanidad, de la cual sale para vivir en libertad, de la nada de una tribu sometida a servidumbre surge para vivir como pueblo creador de su propia cultura y de su propia tradición; sale del no ser al ser un pueblo que ha tenido un nombre y una historia.

Pero Israel descubrió en esa experiencia de libertad, de creación y de salvación humanas, que no todo había sido el fruto de su propia iniciativa ni de su propio esfuerzo. Percibe que hay algo vital, potente y amoroso, que se interesa por ellos y obra en su favor. Es el Dios de los padres, es el Dios salvador. De ahí, pasaron a ver que el origen de todo, desde el principio, ha sido esa misma acción salvífica de ese potente y amoroso Yahvé; y toda la obra salvífica-creadora va a ser percibida, entendida y descrita, condicionados por su experiencia fundamental de la creación del pueblo con la salida de Egipto.

En los primeros capítulos del Génesis, la creación del mundo y del hombre se nos narra como una *acción organizadora* de Dios: del desorden, del caos, el amor de Dios va estructurando, va poniendo orden. Las cosas van saliendo a la existencia y lo hacen con armonía y todas ellas son buenas. No es perfecto lo anterior y bueno lo anterior, sino lo nuevo, lo que va surgiendo.

Y todo el mundo cósmico va apareciendo como la casa del hombre y para él; ese mundo va siendo salvado de la nada para aquél; es que el hombre no puede vivir, no puede ser, no puede existir en un mundo caótico, desorganizado, deshumanizado, destruído.

También nos dice la Biblia que todo va obedeciendo a la Palabra de Dios: dijo Dios y todo fue hecho. El medio y el instrumento con los cuales Dios crea es una Palabra invitante pero poderosa; digamos que nada resiste al encanto de esa Palabra, la nada no se niega a la posibilidad del ser.

Finalmente, aparece el hombre. Diferencia notable es, que aunque creado por la Palabra, ésta no es una orden, sino una "llamada". El hombre es invitado por Dios a existir, a ser, a vivir. Y no sale el hombre de la nada absoluta, sale del cosmos ya creado, es del barro de la tierra, indefectiblemente está ligado a su mundo. Pero tiene la poten-

cia, la fuerza, la vida, el espíritu de su creador: Dios alentó sobre él para que fuera viviente.

Y fue llamado, no como individuo, no está solo; es llamado en comunidad humana macho y hembra para ser asociados, responsables, co-creadores de la obra: para que dominaran el mundo material, para que dieran el nombre a los otros seres, para que crecieran y se multiplicaran, para que construyeran un mundo humano, para que se sirvieran del cosmos en bien de su propio crecimiento y para que llegaran a realizarse en plenitud. Plenitud que la Biblia identifica con el llegar a ser hijos de Dios.

Podría pensarse que esta acción de Dios es una acción totalmente extrínseca al él. Es decir, concebirse a Dios como una entidad subsistente en sí, totalmente extrínseco a todo este universo cósmico y humano que en el momento que le vino en gana creó este mundo y que igualmente puede prescindir de él y destruirlo totalmente, y permanecer totalmente feliz y pleno en su incomprensible cielo o morada, si la tiene. Sería algo así como un monarca poderoso y caprichoso que hace extravagancias para distraerse, y después recogiera las piezas de su juego para lanzarlas al cesto de la basura. El hombre de hoy no acepta esta concepción, ni de Dios, ni de su acción. Es quizá la razón por la cual, muchísimos hombres niegan la existencia de tal Dios y de su acción creadora.

Para muchos, Dios no es más que una proyección humana. El único creador es el hombre, y anterior a él, la energía de la materia, energía que en un proceso evolutivo y debido a leyes inmanentes, llegó a organizarse y a producir, por saltos cualitativos, las diferentes formas de vida conocidas.

Inútil sería aquí (o en cualquier parte), entablar una polémica para demostrar la existencia o inexistencia de Dios. La fe en Dios creador es una cuestión de intuición, de decisión humana, de aceptación de una tradición positiva, pero jamás de evidencia, pues Dios no es el producto de un raciocinio lógico o el resultado incuestionable de una prueba de laboratorio. Pero sí sería interesante que los creyentes nos acostubrámamos a concebir a Dios como alguien más cercano e inmanente a nuestra vida y nuestra historia, aunque sin identificarlo plenamente con ellas.

Si crear significa hacer posible algo, ser capaz de sustentar una realidad fundamentar la existencia de las cosas, bien podría descubrirse a Dios y concebirlo como la profundidad de toda realidad, como la fuente energética que desata todo el proceso de la evolución, pues aunque el ser de Dios no se agote en la energía cósmica y sus manifestaciones actuales, sí se identifica allí. Así su acción es totalmente inmanente al mundo. Igualmente en el hombre, Dios sería más íntimo al hombre que el hombre mismo (S. Agustín), si se le percibiera y concibiera como la realidad inmanente fundamentadora y po-

sibilitadora de todas las posibilidades y capacidades del ser humano. Y de paso se daría una nueva dimensión a su trascendencia como ser y como acción divinos, pues no sería lo que está más alejado, sino lo que está más cerca, pero que todo lo envuelve y todo lo supera, a la vez, que da su dimensión de proyección y trascendencia humana y de la historia hacia un futuro nuevo que sería, siempre, el futuro de Dios.

De tal manera, todas las conquistas humanas, y todas las luchas históricas por un cambio de estructuras, de conciencias y de situaciones, en las cuales intuye y anhela el hombre una humanidad nuevas, siendo luchas plenamente humanas, serían, igualmente, obra creadora continua de Dios. Como se dijo más arriba, la creación no es una acción de un momento inicial único, y que la carreta rueda luego por sí sola.

Aún más, la fe más auténtica en la creación, la mayor fidelidad histórica y concreta a esa Palabra creadora divina, sería el compromiso vital con esa nueva dirección de la historia que se proyecta al futuro y con la línea de la evolución que busca la plena humanización. Y si es verdad que no podemos tener un modelo científico de lo que es "la humanidad perfecta", también es cierto, que sí tenemos muchos modelos concretos de lo que es "inhumano": las dos terceras partes del mundo lo muestran y comprueban.

Oponernos a un cambio real en la historia, por intereses egoístas, por desidia o por inconciencia, es negar radicalmente la obra creadora de Dios, es la suprema infidelidad al hombre mismo, es pactar con la inutilidad, con la nada, con el caos, con la frustración. Negación más grave y perjudicial, que el simple hecho de negar teóricamente la existencia de un Dios creador.

También la interpretación fixista de las situaciones humanas que se dan y las consecuentes conducta y acción que de tal interpretación se derivan, es negación de la obra creadora de Dios. Naturalmente, pensar que todo es bueno porque siempre ha sido así, creer que las estructuras socio-políticas y económicas existentes son las mejores y las únicas posibles, afirmar que el actual desarrollo del proceso científico-técnico es sinónimo de progreso humano, o decir simple y llanamente que son la expresión de una voluntad divina creadora, y por lo tanto, que aquellas realidades son inmodificables, incuestionables e inatacables, es pretender que Dios sea el autor del mal que hay en el mundo; y por otro lado, la negación radical de su acción continua que hace pasar del caos y de la nada al ser algo diferente y nuevo, y pide al hombre que lo acompañe en esa empresa como co-creador.

La causa real de todas las diferencias humanas y del mal que se da en la historia debe buscarse en la misma historia: "se es", concretamente, lo que otros han hecho de ella; somos el fruto de un pasado,

de un ambiente y de unas ideologías, de unas políticas y acciones, que han condicionado y limitado a los hombres de hoy, y que por ningún motivo podemos continuar y sostener. Es eso lo que nos exige la fe en la creación.

#### 4. CREACION Y SALVACION: EL HOMBRE NUEVO EN JESU-CRISTO.

No toda historia es una historia de progreso humano, y por ende, no todo tipo de historia es historia de salvación. Se está viviendo una historia de destrucción de los hombres y de destrucción de los recursos naturales vitales para el todo humano; se ha utilizado y explotado, inmisericordemente y de una manera no totalmente racional, a los hombres y al cosmos, en beneficio de unos pocos privilegiados; América Latina ha estado sometida a un régimen de opresión y dependencia en todos los niveles, y sin embargo, hay quienes se ufanan de todo ello hablando de desarrollo y colocando a esta situación la etiqueta de "progreso", pero haciéndose los sordos a este caos y al clamor de todos aquellos que gritan su experiencia y viven su angustia de sentirse excluidos del proceso evolutivo-creador del hombre, y marginados de las decisiones que hacen la historia que les toca vivir.

Será esto pesimismo? No, es la auténtica realidad. Será una situación desesperada? Tampoco, pues cada etapa de la historia es momento de creación y de salvación, invitación a construir algo diferente. Esta realidad nos lleva a tomar conciencia de que el hombre es y debe ser creador del mundo y de sí mismo, pero, a la vez, de que su creación es ambivalente; puede producir lo mejor o lo peor. Y de aquí se pasa a la conciencia de que si el hombre es "creador", y con razón, es igualmente cierto que él no es Dios, ni puede suprimir, en su actuar creador, la acción radical, posibilitadora, creadora y salvífica de Dios. Esta acción es la que fundamenta el actuar humano; éste está sustentado en el actuar divino.

Lo que acabamos de exponer, es la dimensión más profunda de la realidad que aparece, es el núcleo íntimo de la historia misma. Puede pasar desapercibido, puede ser negado, pero sigue subsistente; y es allí donde radica el motivo de la esperanza, pues si la humanidad es un proyecto, lleva en sí misma su finalidad y el germen de su plenitud, que son los que Dios quiere de su obra: su Reino o lo que es igual, el hombre perfecto. También, a la luz de este núcleo profundo de la realidad evolutiva e histórica, podemos tener una explicación al problema del mal en el mundo, y de la posibilidad de superarlo definitivamente.

#### 4.1 Mal, caos, deshumanización : Pecado.

La Biblia conoció situaciones históricas semejantes a la nuestra. El mal no es una cosa abstracta, ni su realidad es cosa nueva. Se ha dado desde que el hombre es hombre. Su origen se debe al actuar humano, y por eso, la Biblia no tuvo inconveniente en llamarlo pecado y en identificarlo con la muerte: “por un hombre entró el pecado en el mundo y por el pecado la muerte” (Rom 5, 12; Gen 3).

Nuestro mundo y nuestra historia están amenazados y afectados de muerte en el mismo proceso tecnológico; de falta de humanidad en su estructuración social, y por esto, no por defecto de la acción divina o por impotencia suya, o por defectos de la naturaleza, sino por egoísmo humano, por impotencia e inconciencia de la acción del hombre, por el deseo de lucro y el ánimo de poder del mismo. Dicho con terminología teológica: si el hombre no ha sido todavía “creado en plenitud” es porque él mismo se opone a la llamada creadora, por no obedecer a la Palabra.

El pecado no es una mera cuestión individual e intimista, es algo concreto, social histórico y cósmico; ni tampoco es una ofensa directa y espiritual contra Dios, ni su castigo es algo extrínseco que se añade por voluntad de una divinidad vengadora e irritada. El pecado es, fundamentalmente, oponernos a la realización del hombre, o destruir sus posibilidades, es destruir el cosmos, es oponernos a la llamada fundamental de Dios inscrita en nuestro proceso evolutivo. Y su castigo es intrínseco: permanecer en la nada, precipitarnos en ella, o con otros términos, la *muerte*, la *división*, en toda la extensión de la palabra.

El suspiro de las creaturas, el grito de protesta de los marginados de una auténtica vida humana, el clamor ecológico, no son la protesta contra Dios creador; son la llamada y el reclamo a los mismos hombres para que cambien su manera de actuar, son las nuevas líneas en que apunta la historia para que giremos su curso y le demos un sentido nuevo y diferente a todos los acontecimientos y a todas las estructuras de nuestro mundo. S. Pablo, en Rom 8, 18, nos dice que son los gemidos del mundo creado esperando ser liberado -recreado- de la servidumbre de la opresión y del que lo sometió por falsas ambiciones; “por eso tiene que esperar hasta que ella misma (lo creado) sea liberada del destino de muerte que pesa sobre ella y pueda así compartir la libertad y la gloria de los hijos de Dios. Vemos cómo todavía el universo gime y sufre dolores de parto. Y no sólo el universo, sino nosotros mismos. . .”.

Es, pues, la angustia del caos de la historia actual la que reclama el llegar a “ser” lo que Dios “dijo” para ella. Falta únicamente la obediencia de las creaturas, la respuesta positiva de los mismos hombres a esa palabra y a esa acción potentes y amorosas de Dios. Esta es la

falta de fidelidad de los humanos a esa fuente fundamental de la vida, es la desobediencia actual, el pecado moderno, que se traduce en amenaza de destrucción y en inhumanidad dentro de esta historia.

Pero afirmábamos, también, que en la acción creadora que fundamenta toda posibilidad humana se encontraba y estaba sustentada la capacidad de superar el mismo mal. La acción de Dios no es exclusivamente creadora, es igualmente salvadora, porque posibilita, en el corazón mismo del hombre, la capacidad y la docilidad de una verdadera respuesta, y cambiar, así, todo el sentido y el curso de la historia. Creación y salvación, en verdad, son una sola y misma acción continua y dinámica de Dios.

Esta gran verdad se ha realizado y ha sido plenamente conocida, -se ha manifestado- en la vida humana de una persona concreta: Jesucristo. Una comunidad específica logró experimentar y descubrir que en la existencia humana de Jesús, Dios estaba hablando y actuando en favor de los hombres, y esto, de una manera histórica, concreta y totalmente nueva. Lo que se había dado desde siempre, ahora era percibido con toda claridad en esa existencia concreta: Jesús personalmente, era la Palabra de Dios.

#### **4.2 Como Palabra de Dios, Jesucristo es la palabra creadora pronunciada desde siempre y para siempre.**

Toda la vida de este hombre: su predicación, su actuar, su juicio sobre esta historia y sobre este mundo, su crítica a todo el orden establecido con sus instituciones, su rechazo a una falsa concepción de la religión, su amor por los excluidos y marginados de este mundo, y sobretodo su entrega hasta la muerte, son la Palabra reveladora del amor salvífico-creador de Dios, y la Palabra invitante a acoger y vivir este amor creador de vida nueva.

Jesucristo es, pues, la "llamada" a una decisión, a una acción, a un cambio radical personal y social, para que la vida y la acción humanas sean verdadera creación, para que la historia sea creadora de una humanidad diferente, para que todo llegue a plenitud, para que el mundo humano y la evolución alcancen su finalidad intrínseca. Aceptar decididamente esta invitación es la verdadera fe que confiando en el amor y en el poder de Dios, puede hacer de esta única historia humana una historia de salvación.

La vida histórica de Jesucristo, el sentido que él le dió a ella, se convierte, de este modo, en sentido de toda historia humana y por ende, sólo una vida y una historia que tengan por sentido la vida de Jesucristo, podrán ser algo que tenga valor absoluto y ser realmente libertadoras para el hombre y el mundo. Ese sentido se puede resumir en una entrega, en un amor, en un servicio al hombre y su mundo. Si este sentido se concreta en la realidad que vivimos, necesaria-

mente, se dará un cambio, se subvertirá todo el orden establecido y toda la práctica de las relaciones entre los hombres; muchas cosas perderán totalmente su valor, y otras surgirán a un primer plano. Sólo el amor es, de verdad, creador de vida nueva; lo demás no se librará jamás de la ambivalencia anotada más arriba.

#### **4.3 Jesucristo, palabra continua de creación.**

La comunidad eclesial primitiva no sólo descubrió a Jesucristo como Palabra creadora y justificadora de Dios, sino también, como el acontecimiento, como la acción re-creadora divina. Para la mentalidad israelita, palabra y acción no son dos cosas distintas, formaban una unidad total. Además, vimos que la acción de creación no es un mero empujón inicial, sino un continuo y dinámico hacer posible algo. Por tanto, Jesucristo no es un acontecimiento del pasado; es un actual y continuo re-crear divino en la historia de los hombres, es el siempre presente amor de Dios.

En él, Dios nos comunica, en cada momento de la historia la fuerza, el dinamismo, la posibilidad y la capacidad para hacernos hombres nuevos, distintos y co-creadores, a la vez, de un mundo más justo, humano y habitable, donde puedan aparecer los hombres que aún no se han dado, la historia que todos anhelamos, la técnica que sea verdaderamente la transformación del universo en beneficio de todos y del progreso humano, y las instituciones donde cuente más el hombre que la ley y la institución misma, donde valga más la persona humana que el capital, donde las relaciones humanas sean de servicio, ayuda y fraternidad, y no de explotación del hombre por el hombre. Por tanto afirmamos, que Jesucristo es el fundamento puesto para siempre, palabra pronunciada continuamente en cada momento de la historia que invita a la creación de una humanidad nueva y de una historia verdadera; lo que la Biblia llama "ser hijos de Dios".

#### **4.4 Jesucristo, modelo de la nueva creación.**

Jesucristo no sólo es el fundamento, la palabra y la acción recreadoras de hombres nuevos; es el modelo de esa nueva humanidad y de esa nueva creación. El mismo es ya la nueva creación y la cabeza de la nueva humanidad. Nueva creación escatológica; es decir, del futuro. Es hacia allá, hacia donde debe dirigirse el hombre y su mundo. Hacia ese modelo que se convierte en meta, es hacia donde debe orientar el hombre su búsqueda y su historia, la suma de sus esfuerzos y luchas concretas, con una confianza y una obediencia en la palabra salvífico-creadora de Dios.

El mismo Jesucristo se levanta como fidelidad divina, como garantía de que el cambio histórico no será un fracaso. Es no la evidencia,

pero sí la certeza de la confianza, de que el proceso evolutivo alcanzará plenamente la hominización, la racionalidad y la amorización, según lo expresaba el P. Teilhard, de las cuales hoy adolece nuestra historia. Unicamente, en esta dirección, el progreso y los logros humanos tienen sentido. Por esto, confesamos, que el hombre y el mundo nuevos sólo pueden ser creados en Jesucristo, por El y con El.

Pero también podemos afirmar, sin ningún ánimo triunfalista, y exclusivamente pensando en prestar un servicio a los hombres de hoy, cualquiera que sea la opinión que se tenga frente a Dios y a Jesucristo, y cualquiera sea nuestra posición frente al poder creador del hombre, que en la búsqueda de lo humano, que en la lucha por la liberación, que en los esfuerzos por el cambio de las estructuras y por la protección del ambiente, la visión auténticamente cristiana, es algo insustituible; será siempre mojón de referencia.